

Karl R. Popper

La miseria del historicismo



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Poverty of Historicism*
Traducción de Pedro Schwartz

Primera edición: 1972
Tercera edición: 2014
Tercera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2008 University of Klagenfurt / Karl Popper Library
© Taurus Ediciones, S. A., 1961
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1972, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8843-5
Depósito legal: M-10.252-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Nota histórica
- 13 Prólogo
- 17 Introducción

- I. Las doctrinas antinaturalistas del historicismo
 - 22 1. Generalización
 - 25 2. Método experimental
 - 26 3. Novedad
 - 29 4. Complejidad
 - 30 5. Inexactitud de la predicción
 - 32 6. Objetividad y valoración
 - 36 7. Holismo
 - 39 8. Comprensión intuitiva
 - 44 9. Método cuantitativo
 - 47 10. Esencialismo contra nominalismo

- II. Las doctrinas pronaturalistas del historicismo
 - 58 11. Comparación con la astronomía.
Predicciones a largo plazo y predicciones
a gran escala
 - 61 12. La observación
 - 62 13. Dinámica social
 - 64 14. Leyes históricas
 - 65 15. Profecía histórica contra ingeniería social
 - 69 16. La teoría del desarrollo histórico

74	17. Interpretación contra planificación del cambio social
78	18. Conclusión del análisis
III. Crítica de las doctrinas antinaturalistas	
82	19. Fines prácticos de esta crítica
85	20. El punto de vista tecnológico en sociología
93	21. Ingeniería fragmentaria contra ingeniería utópica
101	22. La conspiración con el utopismo
107	23. Crítica del holismo
116	24. La teoría holística de los experimentos sociales
129	25. La variabilidad de las condiciones experimentales
134	26. ¿Limitan los períodos la validez de las generalizaciones?
IV. Crítica de las doctrinas pronaturalistas	
143	27. ¿Existe una ley de la evolución? Leyes y tendencias
161	28. El método de reducción. La explicación causal. Predicción y profecía
174	29. La unidad de método
191	30. Ciencias teóricas e históricas
196	31. La lógica de la situación en historia. La interpretación histórica
202	32. La teoría institucional del progreso
211	33. Conclusión. El atractivo emocional del historicismo

En memoria de los incontables hombres y mujeres de todos los credos, naciones o razas que cayeron víctimas de la creencia fascista y comunista en las Leyes Inexorables del Destino Histórico.

Nota histórica

La tesis fundamental de este libro –que la creencia en un destino histórico es pura superstición y que no puede haber predicción del curso de la historia humana por métodos científicos o cualquier otra clase de método racional– nace en el invierno de 1919 a 1920. Sus líneas generales estaban trazadas en 1935; fue leído por primera vez, en enero o febrero de 1936, en forma de un ensayo intitulado «La miseria del historicismo», en una sesión privada en casa de mi amigo Alfred Braunthal, en Bruselas. En esta reunión, un antiguo alumno mío hizo algunas contribuciones importantes a la discusión. Era Karl Hilferding, quien pronto iba a caer víctima de la Gestapo y de las supersticiones historicistas del Tercer Reich.

También estaban presentes otros filósofos. Poco tiempo después leí un ensayo semejante en el seminario del profesor F. A. von Hayek, en la London School of Economics. La publicación se retrasó algunos años porque

mi manuscrito fue rechazado por la revista filosófica a la que se lo mandé. Fue publicado por primera vez, en tres partes, en *Economica*, Nueva Serie, vol. XI, núms. 42 y 43, 1944, y vol. XII, núm. 46, 1945. El texto de la presente edición ha sido revisado y se han hecho algunas adiciones.

Prólogo

Intenté demostrar en «La miseria del historicismo» que el historicismo es un método indigente –un método que no da frutos–. Pero no refuté realmente el historicismo.

Más tarde conseguí dar con una refutación del historicismo: *mostré que, por razones estrictamente lógicas, nos es imposible predecir el curso futuro de la historia.*

El argumento está contenido en un ensayo que publiqué en 1950, intitulado «El indeterminismo en la física clásica y en la física cuántica»; pero ya no estoy satisfecho de ese ensayo. Un tratamiento más satisfactorio puede encontrarse en un capítulo sobre el indeterminismo que forma parte del «Postscriptum: Después de veinte años», apéndice de la nueva edición de mi *Lógica de la investigación científica*¹.

1. *The Logic of Scientific Discovery*, Londres, 1959. [Versión castellana de Víctor Sánchez de Zavala, Madrid, Tecnos, 1962.]

Con el fin de informar al lector de estos resultados más recientes me propongo dar aquí, en unas pocas palabras, un bosquejo de la *refutación del historicismo*. El argumento se puede resumir en cinco proposiciones, como sigue:

1. El curso de la historia humana está fuertemente influido por el crecimiento de los conocimientos humanos. (La verdad de esta premisa tiene que ser admitida aun por los que ven nuestras ideas, incluidas nuestras ideas científicas, como el subproducto de un desarrollo *material* de cualquier clase que sea.)
2. No podemos predecir, por métodos racionales o científicos, el crecimiento futuro de nuestros conocimientos científicos. (Esta aserción puede ser probada lógicamente por consideraciones esbozadas más abajo.)
3. No podemos, por tanto, predecir el curso futuro de la historia humana.
4. Esto significa que hemos de rechazar la posibilidad de una *historia teórica*; es decir, de una ciencia histórica y social de la misma naturaleza que la *física teórica*. No puede haber una teoría científica del desarrollo histórico que sirva de base para la predicción histórica.
5. La meta fundamental de los métodos historicistas (véanse las secciones 11 a 16 de este libro) está, por lo tanto, mal concebida; y el historicismo cae por su base.

El argumento no refuta, claro está, la posibilidad de toda clase de predicción social; por el contrario, es per-

fectamente compatible con la posibilidad de poner a prueba teorías sociológicas –por ejemplo, teorías económicas– por medio de una predicción de que ciertos sucesos tendrán lugar bajo ciertas condiciones. Sólo refuta la posibilidad de predecir sucesos históricos en tanto puedan ser influidos por el crecimiento de nuestros conocimientos.

El paso decisivo en este argumento es la proposición (2). Creo que es convincente en sí misma: *si hay en realidad un crecimiento de los conocimientos humanos, no podemos anticipar hoy lo que sabremos sólo mañana*. Esto, creo, es un razonamiento sólido, pero no equivale a una *prueba lógica* de la proposición. La prueba de (2) que he dado en las publicaciones mencionadas es complicada, y no me sorprendería que se pudiesen encontrar pruebas más simples. Mi prueba consiste en mostrar que *ningún predictor científico* –ya sea hombre o máquina– *tiene la posibilidad de predecir por métodos científicos sus propios resultados futuros*. El intento de hacerlo sólo puede conseguir su resultado después de que el hecho haya tenido lugar, cuando ya es demasiado tarde para una predicción; pueden conseguir su resultado sólo después que la predicción se haya convertido en una retrodicción.

Este argumento, como es puramente lógico, se aplica a predictores científicos de cualquier complejidad, inclusive «sociedades» de predictores mutuos. Pero esto significa que ninguna sociedad puede predecir científicamente sus propios estados de conocimiento futuros.

Mi argumento es algo formal, y así quizá sospechoso de no tener ninguna importancia real, aunque se le conceda validez lógica.

He intentado, sin embargo, mostrar la importancia del problema en dos estudios: en el último de estos estudios, *La sociedad abierta y sus enemigos*², he seleccionado algunos acontecimientos de la historia del pensamiento historicista para demostrar su persistente y perniciosa influencia sobre la filosofía de la sociedad y de la política, desde Heráclito y Platón hasta Hegel y Marx. En el primero de estos dos estudios, *La miseria del historicismo*, ahora publicado por primera vez en inglés en forma de libro, he intentado mostrar la importancia del historicismo como una estructura intelectual fascinante. He intentado analizar su lógica –a menudo tan sutil, tan convincente y tan engañosa– y he intentado sostener que sufre una debilidad inherente e irreparable.

En algunas de las reseñas más cuidadosas de este libro se expresó extrañeza ante el título que lleva. Con él quise aludir al título del libro de Marx *La miseria de la filosofía*, a su vez una referencia a *Filosofía de la miseria*, de Proudhon.

Penn, Buckinghamshire, julio de 1957
K. R. P.

2. Traducción castellana, Buenos Aires, 1957. [N. del T.]

Introducción

El interés científico por las cuestiones sociales y políticas no es menos antiguo que el interés científico por la cosmología y la física; y hubo períodos en la Antigüedad (estoy pensando en la teoría política de Platón y en la colección de constituciones de Aristóteles) en los que podía parecer que la ciencia de la sociedad iba a avanzar más que la ciencia de la naturaleza. Pero con Galileo y Newton la física hizo avances inesperados, sobrepasando de lejos a todas las otras ciencias; y desde el tiempo de Pasteur, el Galileo de la biología, las ciencias biológicas han avanzado casi tanto. Pero las ciencias sociales no parecen haber encontrado aún su Galileo.

Dadas estas circunstancias, los estudiosos que trabajan en una u otra de las ciencias sociales se preocupan grandemente por problemas de método; y gran parte de su discusión es llevada adelante con la mirada puesta en los métodos de las ciencias más florecientes, especialmente

la física. Un intento consciente de copiar el método experimental de la física fue, por ejemplo, el que llevó, en la generación de Wundt, a una reforma de la psicología; de la misma forma que, desde Stuart Mill, ha habido repetidos intentos de reformar a lo largo de líneas parecidas el método de las ciencias sociales. En el campo de la psicología puede que estas reformas hayan tenido algún éxito, a pesar de muchas desilusiones. Pero en las ciencias sociales teóricas, fuera de la economía, poca cosa, excepto desilusiones, ha nacido de estos intentos. Cuando se discutieron estos fracasos, pronto fue planteada la cuestión de si los métodos de la física eran en realidad aplicables a las ciencias sociales. ¿No era quizá la creencia obstinada en su aplicabilidad la responsable de la muy deplorada situación de estos estudios?

La pregunta sugiere una sencilla forma de clasificar las escuelas que se interesan por los métodos de las ciencias menos afortunadas. Según su opinión sobre la aplicabilidad de los métodos de la física, podemos clasificar a estas escuelas en *pronaturalistas* o *antinaturalistas*; rotulándolas de «pronaturalistas» o «positivistas» si están en favor de la aplicación de los métodos de la física a las ciencias sociales, y de «antinaturalistas» o «negativistas» si se oponen al uso de estos métodos.

El que un estudioso del método sostenga doctrinas antinaturalistas o pronaturalistas, o el que adopte una teoría que combine ambas clases de doctrinas, dependerá, sobre todo, de sus opiniones sobre el carácter de la ciencia en cuestión y sobre el carácter del objeto de ésta. Pero la actitud que adopte también dependerá de su punto de vista sobre el método de la física. Creo que es

este último punto el más importante de todos. Y creo que las equivocaciones decisivas en la mayoría de las discusiones metodológicas nacen de algunos malentendidos muy corrientes acerca del método de la física. En particular, creo que nacen de una mala interpretación de la forma lógica de sus teorías, de los métodos para experimentarlas y de la función lógica de la observación y del experimento. Sostengo que estos malentendidos tienen serias consecuencias; e intentaré justificar esto que sostengo en las partes III y IV de este estudio. Ahí intentaré mostrar que argumentos y doctrinas distintos y aun a veces contradictorios, tanto antinaturalistas como pronaturalistas, están de hecho basados en una mala inteligencia de los métodos de la física. En las partes I y II, sin embargo, me limitaré a la explicación de ciertas doctrinas antinaturalistas y pronaturalistas que forman parte de un punto de vista característico, en el cual se combinan las dos clases de doctrinas.

A este punto de vista, que me propongo explicar primero y sólo más tarde criticar, lo llamo «historicismo». Es frecuente encontrarlo en las discusiones sobre el método de las ciencias sociales; y se usa a menudo sin reflexión crítica, o incluso se da por sentado. Lo que quiero designar por «historicismo» será explicado extensamente en este estudio. Baste aquí con decir que entiendo por «historicismo» un punto de vista sobre las ciencias sociales que supone que la *predicción histórica* es el fin principal de éstas, y que supone que este fin es alcanzable por medio del descubrimiento de los «ritmos» o los «modelos», de las «leyes» o las «tendencias» que yacen bajo la evolución de la historia. Como estoy convencido de que

estas doctrinas metodológicas historicistas son responsables, en el fondo, del estado poco satisfactorio de las ciencias sociales teóricas (otras que la teoría económica), mi presentación de estas doctrinas no es ciertamente imparcial. Pero he intentado seriamente presentar al historicismo de forma convincente para que mi consiguiente crítica tuviese sentido. He intentado presentar al historicismo como una filosofía muy meditada y bien trabada. Y no he dudado en construir argumentos en su favor que, en mi conocimiento, nunca han sido propuestos por los propios historicistas. Espero que de esta forma haya conseguido montar una posición que realmente valga la pena atacar. En otras palabras, he intentado perfeccionar una teoría que ha sido propuesta a menudo, pero nunca quizá en forma perfectamente desarrollada. Esta es la razón por la que he escogido deliberadamente el rótulo poco familiar de «historicismo». Con su introducción pretendo evitar discusiones meramente verbales, porque nadie, espero, sentirá la tentación de discutir sobre si cualquiera de los argumentos aquí examinados pertenecen o no real, propia o esencialmente al historicismo, o lo que la palabra «historicismo» real, propia o esencialmente significa.

I. Las doctrinas antinaturalistas del historicismo

En decidida oposición con el naturalismo metodológico en el campo de la sociología, el historicismo declara que alguno de los métodos característicos de la física no pueden ser aplicados a las ciencias sociales debido a las profundas diferencias entre la sociología y la física. Las leyes físicas o «leyes naturales», nos dice, son válidas siempre y en todo lugar; y esto porque el mundo físico está regido por un sistema de uniformidades físicas, invariable a través del espacio y del tiempo. Las leyes sociológicas, o leyes de la vida social, por el contrario, difieren en lugares y períodos diferentes. Aunque el historicismo admite que hay cantidad de condiciones sociales típicas cuya recurrencia regular puede observarse, niega que las regularidades perceptibles en la vida social tengan el mismo carácter que las inmutables regularidades del mundo físico, pues dependen de la historia y de diferencias de cultura. Dependen de una particular *situación histórica*.

Así, por ejemplo, no se debería hablar sin más limitación de las leyes de la economía, sino sólo de las leyes económicas del período feudal, o del primer período industrial, etcétera, siempre con la mención del período histórico en el cual se supone que las leyes en cuestión han imperado.

El historicismo afirma que la relatividad histórica de las leyes sociales hace que la mayoría de los métodos de la física sean inaplicables a la sociología. Los argumentos historicistas típicos sobre los que se basa este punto de vista se refieren a la generalización, al método experimental, a la complejidad de los fenómenos sociales, a la dificultad de una predicción exacta y a la importancia del esencialismo metodológico. Trataré de estos argumentos por ese orden.

1. Generalización

La posibilidad de la generalización y su éxito en las ciencias físicas descansa, según el historicismo, en la uniformidad general de la Naturaleza, en la observación –quizá mejor descrita como supuesto– de que en circunstancias semejantes ocurrirán cosas semejantes. Este principio, al que se supone válido a través del espacio y del tiempo, es considerado como la base del método de la física.

El historicismo insiste en que este principio es necesariamente inaplicable en sociología. Circunstancias semejantes sólo se repiten dentro de un determinado período histórico. La semejanza nunca persiste de un período a otro. De aquí que no haya en la sociedad uniformidades

a largo plazo sobre las que se puedan basar generalizaciones a largo plazo, esto es, si dejamos a un lado *regularidades triviales*, como las descritas por la perogrullada de que los seres humanos siempre viven en grupos, o de que el suministro de ciertas cosas es limitado y el suministro de otras, como el aire, ilimitado, y que sólo las primeras pueden tener valor de cambio o de mercado.

Un método que ignore esta limitación y que intente generalizar uniformidades sociales supondrá implícitamente, según el historicismo, que las regularidades en cuestión son sempiternas; así que un punto de vista metodológico ingenuo –el punto de vista de que el método de la generalización puede ser tomado de la física por las ciencias sociales– producirá una teoría sociológica falsa y peligrosamente engañosa. Será una teoría que niegue que la sociedad se desarrolla; o que alguna vez cambia en algo de importancia; o que los desarrollos sociales, si los hay, pueden afectar las regularidades básicas de la vida social.

Los historicistas destacan a menudo que detrás de estas teorías equivocadas hay un propósito escondido e interesado; y, en efecto, el supuesto de la existencia de unas leyes sociológicas incambiables puede emplearse fácilmente para fines bastardos. Puede aparecer primero bajo la forma del argumento de que se han de aceptar las cosas indeseables o desagradables porque están determinadas por invariables leyes naturales. Por ejemplo, las «inexorables leyes» de la economía han sido invocadas para demostrar la futilidad de la intervención legal en la contratación de los salarios. Un segundo mal uso interesado de la suposición de una persistencia es el fomento de un sentimiento general de inevitabilidad, y, en conse-

cuencia, de una disposición a soportar lo inevitable con calma y sin protesta. Lo que ahora es, siempre será, y el intento de influir en la marcha de los acontecimientos, o incluso de enjuiciarla, es ridículo: uno no discute las leyes naturales, y el intento de derrocarlas sólo puede llevar al desastre.

Estos son, dice el historicista, los argumentos conservadores, interesados e incluso fatalistas, corolario inevitable de la petición de que se adopte en sociología un método naturalista.

El historicista se opone a estos argumentos sosteniendo que las uniformidades sociales son muy diferentes de las de las ciencias naturales. Cambian de un período histórico a otro, y es la actividad *humana* la fuerza que las cambia. Porque las uniformidades sociales no son leyes naturales, sino obra del hombre; y aunque se pueda decir que dependen de la naturaleza humana, esto es así porque la naturaleza humana tiene el poder de alterarlas y quizá de controlarlas. Por tanto, las cosas pueden mejorar o empeorar: la reforma activa no es necesariamente fútil.

Estas tendencias del historicismo atraen a los que sienten la llamada de la actividad, la llamada de la intervención, especialmente en los asuntos humanos, negándose a aceptar como inevitable el estado de cosas existente. Esta tendencia hacia la actividad y contra cualquier clase de complacencia puede llamarse «activismo». Diré algo más sobre las relaciones entre el historicismo y el activismo en las secciones 17 y 18; pero puedo citar aquí la conocida exhortación de un famoso historicista, Marx, que expresa la actitud activista de forma muy llamativa: «Los

filósofos sólo han *interpretado* el mundo de diversas maneras; la cuestión, sin embargo, es *cambiarlo*»¹.

2. Método experimental

La física usa el método experimental; esto es, introduce controles artificiales, aislamientos artificiales, y así consigue la repetición de condiciones semejantes y la consiguiente obtención de ciertos efectos. Es obvio que este método está basado en la idea de que cuando las circunstancias sean semejantes ocurrirán cosas semejantes. El historicismo sostiene que este método no es aplicable en sociología. Ni siquiera sería útil si fuese aplicable. Porque como las condiciones semejantes ocurren siempre dentro de los límites de un período determinado, el resultado de un experimento tendría importancia y consecuencias muy limitadas. Además, el aislamiento artificial eliminaría precisamente aquellos factores que más importancia tienen para la sociología. Robinson Crusoe y su economía individual aislada no podrá nunca ser un modelo valioso para una economía cuyos problemas nacen precisamente de la interacción económica de individuos y grupos.

Además, se sostiene que cualquier experimento realmente valioso es imposible. Los experimentos sociológicos a gran escala nunca son experimentos en el sentido físico. No están hechos para hacer progresar al conoci-

1. Véase la undécima de sus *Tesis sobre Feuerbach* (1845); véase también la sección 17, más adelante.